



TRALOC

NO. 7

LA SIMULTANEIDAD DE LOS ESPACIOS VIRTUALES EN CUMPLEAÑOS DE CARLOS FUENTES

Lilvia Soto Duggan

Cumpleaños (1), poema novelado o novela lírica de Carlos Fuentes, es una construcción verbal que, al presentar sincrónicamente una convergencia de tiempos y espacios, configura una imagen del hombre mirándose en el espejo. La obra se estructura en tres episodios. Los dos primeros son narrados en tercera persona. En el primero nos encontramos en el Medioevo con un viejo, una mujer encinta y un gato en un cuarto desnudo, de ventanas tapiadas. En la segunda escena nos trasladamos al Londres contemporáneo y los personajes son George, su mujer Emily y su hijo, el día del décimo cumpleaños de éste. El tercer episodio es el eje de la obra. Está narrado en primera persona y es una metáfora de la indagación ontológica del hombre. Simbólicamente empieza con la frase, "Al despertar...", pues es el despertar de la conciencia del hablante en la primavera-niñez, cuando por primera vez adquiere conciencia de sí y de su exilio en el lugar que él percibe como noche, río precipitado, vidrioso lago, amenaza de tormenta, y en donde mira, o más bien es mirado, por su otro yo. (3) Esta primera experiencia de la otredad lo llena de asombro. Desde este despertar, la vida del hombre en este mundo es un movimiento rítmico desde la heterogeneidad --la dualidad, la separación-- al instante de plenitud, y una constante búsqueda de su ser en el laberinto.

Los tres relatos se entrelazan y ofrecen una apertura, una proyección hacia el futuro y hacia el pasado, pues el personaje de los tres, así como el de las historias que se insinúan en la proyección, es el mismo --el hombre en su sentido más genérico. El hombre despierta a esta vida con un fuerte sentimiento de nostalgia por el mundo que ha abandonado y de extrañeza ante su nueva situación. Su primera necesidad es investigar su morada. El narrador alegoriza al hombre como cuarto, casa, palacio, ciudad, y esta alegoría se desarrolla a través del relato, utilizando los símbolos de la ventana, el balcón, el jardín, las escaleras, los pasadizos, etc. en todo su valor polisémico.

Existe en el hombre el impulso de volver a sus

orígenes, una nostalgia de la Unidad Primaria. Se explica su entrada en el mundo como un accidente, ya que la enajenación del Uno en la multiplicidad es para las metafísicas no bíblicas una catástrofe, y para el hombre, como dice Fuentes, ser engendrado y nacer son "actos ajenos a nuestra libertad" (p. 95). Pero, acosado por su perpetuo sentimiento de insuficiencia y de incertidumbre, se lanza por el laberinto para investigarlo pues "Es terrible desconocer, por dentro y por fuera, la estructura de la casa que se habita" (p. 20), pero para descubrir es necesaria la suspensión de la conciencia, la "entrega idéntica a la desnudez" (p. 21), indispensable para dar el salto. Lo primero que descubre el hombre es que no se encuentra solo. Lo acompañan dos habitantes --su otro yo (al despertar es un niño de diez años) y una mujer. En los tres relatos, el personaje es triple, una trinidad constante, pues el hombre es en su seno múltiple. Su escisión (simbolizada por la herida idéntica que tienen en el brazo el niño y el hablante) puede interpretarse en el sentido jungiano (4) o de acuerdo a las metafísicas panteístas, neoplatónicas, idealistas y gnósticas. (6) Su enfrentamiento a su otro yo es una relación de fluidez --combinación de antagonismo y necesidad. En la niñez, al saberse dos, al estar separado de su ser, sufre la soledad: "dejó de mirarme y esta ausencia me provocó un frío intenso, una intolerable soledad: La noche se había duplicado... Pero esa mirada, ¿no era también una forma del presagio? Inadvertido por el mundo que era, ¿tenía yo otra posibilidad de encarnación que no fuese la mirada del niño?" (pp. 22-23)

La ambigüedad de su posición ante su otro yo se extiende a su percepción de la mujer. Nuncia es "Misteriosa y dispensable: única y repetible, singular y común." (p. 18) Es la mujer arquetípica, el principio materno, los orígenes, la madrastra, la amada, la esclava, el vaso del demonio --de la multiplicidad diabólica que al engendrar al hombre perpetúa la dispersión y la incoherencia. Como amada la mujer es inmanente y trascendente. En el

verano-juventud, al abandonar las creencias del dogma cristiano junto con los juguetes de la niñez, se abren las ventanas de la casa, y el hombre sale de sí, se hace otro, recobra su verdadero ser, y logra la **coincidentia oppositorum** en la experiencia amorosa. Suspende la conciencia y se vuelve uno con el objeto amoroso en un proceso de androgenización: (6)

Y yo, el hombre que actúa para que el verano, la mujer y el bosque sean la misma cosa conmigo, desaparezco poco a poco para unirme a ellos: dejo de ser yo para ser más yo, dejo de ser yo para ser ellos. Dejo de conocerme para ser uno. No creo, en ese verano, bajo esas enramadas, cerca de esos abedules (en el jardín, los almendros son la frontera; detrás sigue el bosque) haber poseído a Nuncia: fui Nuncia... Para ser el hombre de Nuncia, hube de afeminarme: de acercarme a la mujer, en sus gestos, en su olor, en sus poses más íntimas. Era imposible pasar por hombre, si ser hombre es un gesto de poder, cuando me entregaba a Nuncia simulándola, buscando sin tregua la posición o la actitud que me acercasen a ella. Fue una larga identificación; quise darle placer, placer de mujer; servirla, agradarla, ser ella misma, uno con ella: ser Nuncia como ella era yo. (p. 60)

En la plenitud de la suspensión de los contrarios, al recobrar su ser, desaparece su otro yo y es uno con la amada. Pero la eternidad del verano es fugaz y al llegar el otoño-madurez, el hombre vuelve a encerrarse en su ser, a condenar las ventanas y las salidas, a sufrir la escisión. Nuncia adopta "un aire regio y embarazado" (p. 64) y así se anuncia (7) la vuelta a la trinidad, la pluralidad de la familia (8), la incoherencia y la otredad. Efectivamente, su otro yo, que había desaparecido durante la plenitud del verano, vuelve y se encierra en el laberinto con el hablante. Escindido, ya no experimenta la plenitud en el amor: "Yo estoy encima de Nuncia, me veo amar a Nuncia, Nuncia goza en mis brazos. No puede haber prueba más eficaz: yo me estoy viendo sentado, desde mi sillón, en la cama con Nuncia." (p. 68) Se exagera el antagonismo hacia su otro yo, y la sensación de heterogeneidad se agudiza: "Yo (el que se vestía) levanté la cabeza y miré a yo

(el que se detenía en la puerta con un telegrama inservible en la mano)... me dijo (me dije)... Yo (el otro)... me dijo George (me dije)..." (p. 69); "Pase su pierna entre mis muslos, toque su pie: era mi propia piel,... Se han aprovechado de mi ausencia, dijo (dije) mientras le ponía (me ponía) la segunda bota." (p. 72) En el otoño, al cerrar la casa, al tapiar las ventanas y las salidas, el otro da cuerda a los relojes olvidados de la casa; es la vuelta al tiempo rectilíneo, que se había suspendido en la intemporalidad de la plenitud amorosa.

Como ya hemos visto, al cobrar conciencia de su exilio en esta vida, el hombre siente nostalgia de volver a la Unidad Primaria que vagamente intuye, o a su identidad previa, e igualmente, al volver a padecer la escisión después de haber conocido la unidad amorosa, desea volver a esa plenitud estival: "quise estar solo; solo, con Nuncia; pasaría este otoño, sufriríamos un invierno deliberado, de rincones frágiles y tenues aspiraciones; se cumplirían nuestros deseos: el clamor de la primavera derrumbaría las puertas falsas de esta morada con su condena de promiscuidad, reflejo, duplicidad; saldríamos de nuevo al bosque del verano. Seríamos uno: los dos." (p. 88) En el invierno-vejez el rencor hacia el otro yo se fortalece, la mujer se transforma en enfermera, y el hablante descubre ser la última encarnación de la materia eterna que en el primer relato había adoptado la forma del teólogo medieval Siger de Bravante. (9)

Cumpleaños nos presenta una visión desgarradora del hombre que está condenado a reencarnar y a permanecer exiliado en la multiplicidad. Se manifiesta en la obra un rechazo de la metafísica bíblica y se expone un sincretismo filosófico-religioso que incluye desde las doctrinas averroístas, neoplatónicas y gnósticas hasta el pensamiento oriental y surrealista que, asumido plenamente, confiere al hombre la libertad para vencer las tensiones de la dualidad en los instantes de plenitud (i.e. la **coincidentia oppositorum** vivida con Nuncia). El hablante no logra abolir los efectos de la individuación y al recordar sus vidas pasadas también imagina sus reencarnaciones futuras. Condenado a vivir enclaustrado en su yo, espera su nueva encarnación, su nueva forma de irrealidad; que el viejo, el otro, Dios, lo piense en un tiempo que aún no existe.

La enajenación en la multiplicidad, la dispersión y el caos son simbolizados por el tigre, el buho, el

oso, el dragón y la cabra, cuya hibridación constituye el diablo, el principio negativo. La mujer es responsable de la enajenación por ser la vasija del demonio y el vehículo de la procreación. Si Nuncia pudiera enjaular a las cinco bestias, cesaría la dispersión. En la vejez del hombre, el tigre, la cabra y el buho (la fuerza viril, los instintos y la inteligencia) son encarcelados. Al encontrar al oso en su jaula en Regent's Park, el hablante lo recuerda todo. Sólo falta aprisionar al dragón para que cesen la conciencia y la ensomatosis y poder reintegrarse al Ser. Pero el dragón permanece libre --es el ouroboros gnóstico, la serpiente que se muerde la cola, el tiempo cíclico que condena al hombre a reencarnar en el presente absoluto del mito. Reencarnar, como "ser engendrado, nacer, morir, son actos ajenos a nuestra libertad" (p. 95), pero la permanencia en el laberinto no es una esclavitud absoluta, sino una dialéctica de libertad y necesidad. El hablante en su morada se dedica a la "única ocupación posible: recorrer sin fin las galerías, cornisas y jardines de la casa. El niño me ha advertido que no debo abrir ninguna puerta: ¿cómo hacerlo, si aquí todo es la libertad del laberinto, la imposibilidad del muro, el vértigo de la caída o la ilusión del ascenso?" (p. 33) Sí, el ser arrojado en el laberinto es un acto ajeno a nosotros, pero partiendo de este hecho fatal, el hombre ejercita su libertad a través de la imaginación, que es deseo liberador. Fuentes (10) lo expresa así: "la libertad es idéntica a una aspiración permanente, la de hombres que viven en la ambigüedad y no la aceptan, sino que mantienen la exigencia de valores humanos absolutos a sabiendas de que la realidad los niega o los impide", o con las palabras de Elizabeth en *Cambio de piel* (11): "es necesario saber que hay cosas que nunca podremos alcanzar. Decirlo no es negarlas. Es ser libre."

La morada del hombre no es, fue, ni sera: esta siendo; el hombre se es, realiza su posibilidad de ser siempre en el presente de la búsqueda, el deseo, la imaginación; la novela se hace en su escritura. Más plenamente que en sus otras novelas, cumple Fuentes en *Cumpleaños* su poética (12), pues esta obra como estructura verbal es una expresión del "realismo simbólico" (13) a través del cual aspira a plasmar, no la realidad, sino la totalidad, lo simultáneo de los espacios virtuales de lo real, liberados a través de la imaginación.

Cumpleaños es el pasado y el futuro que encar-

nan en el presente simultáneo. El Londres de 1960 es el Londres, el París y la Italia del Medioevo. Y George es Siger de Bravante, es Jesucristo, es todas las transformaciones de la materia eterna desde el cazador prehistórico hasta el hombre contemporáneo, es la encarnación del tiempo, la nueva forma que adopta la dispersión de la Unidad. "Cada edificio es sí mismo y todas sus transformaciones hasta el origen: el espacio vacío." (p. 111) Cada hombre es el mismo y todas sus reencarnaciones pasadas y futuras.

NOTAS

(1) Carlos Fuentes, *Cumpleaños*. México, Editorial Joaquín Mortiz, s.a., 2a. ed., 1970. Todas las citas de la obra serán tomadas de esta edición.

(2) El epígrafe, "Hambre de encarnación padece el tiempo" es un verso de "El balcón" de Octavio Paz, poema que plasma una imagen de la otredad, del hombre como encarnación del tiempo, y del poema como estructura verbal: "Sobre este frágil puente de palabras/ La hora me levanta/ Hambre de encarnación padece el tiempo/ más allá de mí mismo/ en algún lado aguardo mi llegada." Octavio Paz, *Ladera este*. México, Editorial Joaquín Mortiz, s.a., 2a. ed., 1970.

(3) Paradójicamente, el hablante no es el "yo" sino el "otro yo": "Es natural que me de la bienvenida. Esta debe ser su casa. De todas maneras él estaba aquí antes que yo. Será el primer ocupante. Es natural." (p. 15); "Acostado, inmóvil, pienso que sólo un postulado catastrófico podría acaso explicar nuestra presencia juntos: el niño habría despertado un minuto antes que yo; ese instante pudo parecerle más largo que cualquier eternidad anterior: esperar un minuto a que otro hombre (el único) despierte..." (p. 16) También la relación entre la mujer y el otro (el "yo"), el niño de diez años vestido de marinero, es más antigua. En un principio ella se niega a reconocer la presencia del hablante: "la mirada del niño, incluso cuando lo amamantan, no deja de fijarme como a una mariposa alfilerada; hay algo, en su insistencia, de mi existencia; los ojos del niño quieren decirme, y decirle a Nuncia, que estoy allí; en cambio, la mirada de la mujer, que quiere negarme, tampoco deja de verme: me ve sólo para decirme que no es cierto. que no estoy allí:"

su insistencia es mi inexistencia.” (p. 37) El niño dice al hablante: “Para Nuncia, tú no existes. Eres mi fantasma.” (p. 50)

(4) Ver para el concepto de ánima y el de sombra, Carl G. Jung, Aion: Researches into the Phenomenology of the Self, 1951, Collected Works, Vol. 9.ii, Bolligen Series XX, Princeton University Press. La interpretación psicológico-arquetípica y la metafísica no son necesariamente contradictorias.

(5) Estas metafísicas no bíblicas niegan la creación ex nihilo de las doctrinas judeo-cristianas y consideran que el hombre tiene la tarea de completar la creación que Dios ha dejado incompleta. Ver Claude Tresmontant, Estudios de metafísica bíblica. Madrid, Editorial Gredos, 1961.

(6) Para el concepto del andrógino y el de la coincidencia oppositorum, ver: Umberto Eco, “La coincidentia oppositorum”, Obra abierta, Barcelona, Editorial Seix Barral, S.A., 1965; Mircea Eliade, “Mephistopheles and the Androgyne or the Mystery of the Whole”, The Two and the One, New York, Harper and Row, 1969; y, especialmente, por la influencia que parece haber tenido sobre Fuentes, Octavio Paz, El arco y la lira, 2a. ed., México, Fondo de Cultura Económica, 1967.

(7) Hay ironía y ambigüedad en la polisemia del nombre de la mujer: Nuncia es emisaria, nexo entre el yo y su otro, vehículo para la suspensión de los contrarios. Nuncia denuncia la Anunciación cristiana: “Cuando me anunciaron tu concepción, no quise creerlo... Mi feto engendrado por la multiplicidad diabólica, encontraba en mi la vasija de su unidad... la nueva religión se fundó sobre la dispersión de la unidad; desde entonces, Dios dejó de ser uno y ahora somos tres, siempre tres...” (pp. 50-55)

(8) Estamos en desacuerdo con la interpretación que hacen del significado de la familia, así como de otros aspectos de la obra, George McMurray en “‘Cumpleaños’ y ‘la nueva novela’”, Helmy F. Giacoman, Homenaje a Carlos Fuentes, Nueva York, Las Americas Publishing Co., Inc., 1971, p. 393; y Manuel Durán, Tríptico mexicano, México, Sep/Setentas, 1973, pp. 118-120. Decir que en Cumpleaños se hace una crítica de la familia burguesa, que “se lanza una advertencia al establishment burgués...” (McMurray, citado por Durán), y que “Hay que salir, abrir puertas y ventanas, abandonar la familia burguesa.” (Durán) es, por lo menos, imponer una limitación a lo que en la obra de Fuentes tiene un significado de dimensiones más amplias.

(9) El personaje del primer episodio, el viejo encerrado en un cuarto desnudo de ventanas tapiadas, reaparece al final del tercer episodio que constituye el eje de la novela y descubrimos que es el teólogo medieval Siger de Bravante cuyas tres tesis averroísta son uno de los fundamentos filosóficos de la novela. La primera de sus tesis es la de la eternidad del mundo (la materia es eterna y lo creado ha surgido por emanación). La segunda es la de la unidad del entendimiento agente (la negación de la inmortalidad personal), y la tercera es la de la doble verdad. El concepto de la “materia eterna” se ejemplifica en varios niveles, no sólo en el del hombre que reencarna, sino también en el de la materia inánime que aparece como potencia en espera de su actualización: “la piedra es más antigua que la casa... La roja cólera de la piedra bruta es como la rabia de una madre desposeída: su permanencia no es más que un deseo de volver a ser habitada...” (p. 27)

(10) Carlos Fuentes, La nueva novela hispanoamericana, México, Editorial Joaquín Mórtilz, S.A., 1969, p. 55.

(11) Fuentes, Cambio de piel, México, Editorial Joaquín Mortiz, S.A., 3a. ed., 1968, p. 124.

(12) Su poética se encuentra dispersa en sus novelas, en los ensayos críticos sobre otros autores, en entrevistas y en su obra teórica. Para los conceptos de totalidad, simultaneidad, lo real, imaginación, libertad, espacio virtual, estructura verbal, presente absoluto, etc., ver, además de las obras ya mencionadas: la entrevista con Emir Rodríguez Monegal en Giacoman, Homenaje, pp. 23-65; Fuentes, “Apéndice: muerte y resurrección de la novela”, “El tiempo de Octavio Paz”, y “Un espacio virtual y absoluto”, Casa con dos puertas, México, Editorial Joaquín Mortiz, S.A., 1970.

(13) Emmanuel Carballo, “Carlos Fuentes”, 19 protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX, México, Empresas Editoriales, S.A., 1965, p. 429.

